

# «Yo, Roa Bastos»: Literatura y vida

## Nota previa

**H**e titulado las páginas aquí transcritas, «*Yo Roa Bastos: literatura y vida*», pero también podrían responder a apelativos diferentes como: «realidad y ficción», «usurpación y devoción», «invención y experiencia», «ensayo y homenaje»... Todos se cumplen y, sin embargo, todos son insuficientes. En cualquier caso, quiero poner de manifiesto que el autor del texto que a continuación sigue ha intentado fundir y confundir, deliberadamente, su condición de creador y crítico, de periodista y lector apasionado. En la recreación de la realidad, en los límites permeables donde coinciden la verdad de la escritura y la incertidumbre de lo vivido, se reflejan con idéntica identidad, con un único sentido, la máscara y la transparencia. Espero de ustedes ante estas páginas que me he limitado a compilar, la misma benevolencia manifestada por Roa Bastos. Tal vez su misma complicidad.

*El transcriptor*

«Yo, Augusto Roa Bastos», amanuense supremo de la Historia, ficcionador perpetuo de la realidad, proclamo que las palabras cuentan como actos: viajan al núcleo central de las cosas para encontrar esa verdad muy escondida que a veces, como el fulgor del relámpago, ilumina toda la profunda penumbra que, desde siempre, se ha cernido sobre mi tierra.

»Sabed que mi tierra es el Paraguay y que el Paraguay es como un gran espejo luminoso que se ha roto en muchos fragmentos. Un fragmento por sí solo no tiene valor;

no es más que un destello de la luz luchando contra el olvido continuado de la vida. Yo he tratado de reunir en mis palabras los fragmentos del gran espejo roto para que pueda volver a dibujarse la imagen profunda de una colectividad. Desde el don antiguo de la palabra que unge al fabulador para que haga magia de la realidad, yo proclamo que la maravilla es lo real en el Paraguay. Aunque a veces, con demasiada frecuencia, esa maravilla asume terribles formas de pesadilla. Yo he tratado de emerger desesperadamente de ese sueño de condenación a través de las páginas y los ecos que componen mi escritura y mi existencia.

»Yo, Roa Bastos, declaro que el dolor paraguayo existe como existen las largas y oscuras agonías; un dolor poderoso, semejante a la fuerza de la tierra donde arraiga. Porque mi tierra es arcádica y sosegada, mas tan sólo en su superficie. Debajo esconde una ebullición, una erupción soterrada, una potencia tan salvaje que las erupciones humanas se corresponden analógicamente a esa fuerza de la naturaleza que domina este país, tan ignorado por el resto del universo como maldito por la crueldad de guerras interminables y por la zarpa carnicera de tiranos que trocaron el gozo de la vida por la sangre y el despojo.

»Y es así como la palabra y sus espejos, la literatura y su fuego, es un acto de servicio y una manera de recuperar la identidad perdida por mi pueblo en las confrontaciones históricas y bélicas. Yo me cumplo ahondando en los grandes símbolos de la tierra, en las voces del pueblo, en esa trama de relaciones que forman un mito por pequeño que sea y que connota una multitud de significados posibles. Yo me cumplo como *El trueno entre las hojas*, como *Hijo de hombre*, y grito encendido por el dolor de mi pueblo y de mi patria; mas también como el ruiseñor ante la aurora, como el naranjal ardiente de esperanza para que un pueblo y una patria alcancen en un día próximo la necesaria redención, ese destino que merece y le corresponde en la Historia: el de los sueños benignos germinados sobre una tierra libre y solidaria.

»Cuando acontezca mi muerte y mi cadáver sólo sea una fijeza inmóvil en la calma sin imágenes, cuando las campanas y las risas no convoquen con su son el latido de mi sangre, cuando tras el vértigo del tiempo no queda ya cruz ni marca que rememore la ceniza de mi cuerpo, un solo deseo lego a quien lleve este escrito ante sus ojos y su entendimiento:

»Que por siempre sepa que la imagen del escritor como la de un hombre solitario volcándose íntegramente en la tarea desde lo hondo de sí, pero haciéndose solidario de los demás, proyectándose hacia lo universal, con valor, sin claudicaciones, con irreductible fe en la condición humana, en lo que ella tiene de permanente y perfectible, fue la aspiración que otorgó consistencia y entereza al oscuro fantasma que en vida respondía al nombre de Augusto Roa Bastos.»

Descubrí este pliego autógrafo, con las palabras que he escrito, en un hueco de mi biblioteca. Después sabría que no fue el azar ni la casualidad quien lo depositó allí. Fue un acto premeditado del destino. Ahora lo sé. Desde el día de su hallazgo, aquel papel y lo que en él se decía y, sobre todo, lo que en él se callaba, comenzó

a obsesionarme permanentemente. Necesitaba saber. La voluntad de conocimiento se impuso sin resquicio sobre el temblor velado del misterio. Así acepté el desafío, como quien asume el reto de descifrar el enigma de un viejo pergamino olvidado del tiempo y la memoria. Aquel mensaje era la invitación o, más bien, la «incitación», para poner literatura y vida, historia y realidad, fábula y ficción, rastro y rostro reconocible a las sílabas rotundas de un nombre.

Augusto Roa Bastos: alguien que se considera un hombre común que además escribe; alguien que entiende la literatura como un acto de vida; alguien que niega y reniega de la violencia y la miseria que asola su patria; alguien que surge contra la pesadilla de la Historia con la voz propia y necesaria de la tierra, con el espejo facundo de sus sueños. Augusto Roa Bastos: escritor, paraguayo, emboscado de silencio para cometer su tarea de constructor y recreador de mitos... Eso venía a decirme aquel pliego manuscrito dispuesto para encontrarme, para descubrirme él a mí desde el hueco de mi biblioteca. Al cabo del tiempo, llené el vacío entre los libros con los libros de Roa Bastos. Al cabo del tiempo, supe que las sílabas de su nombre convocaban en su obra la pasión y la búsqueda de lo absoluto; también, la pasmosa capacidad expresiva del lenguaje: su incendio renovado.

Pero antes tuve que adentrarme por los territorios desconocidos que me aguardaban en las obras de Roa. *El baldío*, *Moriencia*, *El trueno entre las hojas*... Fueron los primeros títulos. Eran cuentos «paraguayos» en el más estricto sentido y en la más esencial concepción. Cuentos que reflejan el testimonio de un autor que conoce la historia, la cultura, los modos de expresión de su país, y que conoce muy bien la esencia del hombre paraguayo. Cuentos en los que la pobreza, la injusticia, la violencia, la opresión, son los temas primeros a partir de los que se configuran. Pero también, junto a esos motivos constructores, encontré otros igualmente rotundos: la esperanza de libertad, la generosidad y la bondad de los seres, la posibilidad de un orden justo. Roa Bastos mostraba en sus cuentos la realidad con la mirada de los espejos del deseo; esto es: reflejando la otra imagen oculta, el revés de la trama, el sueño tras la pesadilla, el anhelo cierto del fin del dolor. Los suyos son cuentos de un escritor socialmente comprometido.

(Años después, en un encuentro que mantuvimos en Madrid, Roa Bastos me dijo, y así quedó escrito, lo siguiente: «Para mí el compromiso no es una categoría «a priori». El compromiso está dado de hecho. Es implícito. Nadie puede escapar. Ni siquiera los escritores reaccionarios, porque en la medida que produzcan una obra genuina de la reacción, están marcando las distancias entre lo que no debe ser y lo que puede y tiene que ser. A mí me importa —seguía diciéndome Roa— estar bien situado con respecto a las aspiraciones más profundas y más auténticas de su colectividad. Si eso es así, la obra que yo produzca va a estar elaborada, construida, sobre ese foco de energía social de donde el escritor, el artista, el hombre en general, saca sus fuerzas»).

En aquellos primeros cuentos de Roa Bastos que yo leí, había también un hondo estremecimiento: el producido por la presencia de una naturaleza maravillosa, por

un mundo mágico y ritualístico. Había además una música remota y lírica: la derivada por la utilización de palabras guaraníes y del ritmo de las lenguas indias. En los pliegues de esa música pervivía la memoria del pasado y del origen. Era un viaje a los sonidos de la raíz. A los pocos meses de haber nacido en Asunción, Roa Bastos fue llevado por su madre a Iturbe del Manorá. Allí empezó a asimilar ese Paraguay esencial que revela su obra y que yo percibía tras el rumor y la música de las palabras. Ese Paraguay culturalmente bilingüe y oral, mágico y mítico. Ese Paraguay en el que se aquieta la figura entrevelada de Ña Rufina, la anciana analfabeta, pobrísima y esquelética, que le enseñó a hablar el guaraní y le llenó la cabeza y los oídos de hermosos y tristes relatos de su pueblo. Y junto a ella, la ternura de su madre comentándole en guaraní los capítulos de la Biblia que antes le había leído en español. (En ese encuentro con Roa que he aludido antes, también me dijo:

La utilización formal de las lenguas indígenas en nuestra literatura culta no quiere decir mucho. Más que la utilización del lenguaje, de formas exteriores, epidérmicas, hay que lograr el proceso de la fusión de estos mundos lingüísticos. A través de mi experiencia —afirmaba Roa— como escritor y como hombre común, me he dado cuenta de que la única posibilidad es lograr la fusión, no solamente de la lengua, sino de los sentidos profundos de toda una cultura indígena que ha filtrado, que ha impregnado nuestra cultura mestiza paraguaya).

Todo ese universo violento y lírico, rebelde y solidario, de denuncia y de esperanza, me estalló como una ráfaga de apocalipsis, con el estertor de la barbarie en su estado monstruoso, en el siguiente libro de Roa Bastos que tuve entre las manos. Hablo de *Hijo de hombre*, un mural impresionante de casi un siglo de la historia paraguaya.

En *Hijo de hombre* Roa Bastos recoge organizadamente los temas principales de sus cuentos para una aventura de mayor aliento. En esta novela, Roa traza un retrato de la historia del Paraguay desde mediados del siglo XIX, hasta poco después de la Guerra del Chaco en la década de los 30. Los hechos no se cuentan en un estricto orden cronológico, sino que se agrupan en torno a figuras o acontecimientos. La unidad de la novela se centra en dos símbolos: un Cristo tallado por un leproso, que se convierte en la señal de rebelión contra la tiranía entre los habitantes de un pueblo de Itapé, y la línea de ferrocarril, el símbolo moderno de la rebelión. Es en una estación ferroviaria donde 2.000 paraguayos mueren a causa de una bomba gubernamental con la que se quería parar la insurrección popular. La figura central de esa rebelión es el casi mítico Crisanto Jara que sobrevive a la explosión del tren y cuyos hijos prosiguen la dura lucha. Una lucha que nunca termina. Y es que la violencia, la lucha contra su absurda crueldad es el latido que anima *Hijo de hombre*.

Probablemente el Paraguay es uno de los países de América Latina que, a partir de su período de independencia —no hablemos ya de la época colonial— cuenta con las más estremecedoras experiencias límite. Recordemos la terrible guerra de la Triple Alianza, de 1865 a 1870. Entonces el Paraguay era la primera potencia latinoamericana en cuanto a economía, tecnología y pensamiento político de la organización na-